

tierra, el movimiento de las ideas, no desconoce como había Francia hecho el catolicismo con sus monjes, con sus predicadores, con sus carlovingios, con sus reyes en la Edad Media. Para aquella obra era en aquella sazón demasiado bárbara Inglaterra, demasiado feudal Alemania, demasiado idólatra Italia, demasiado metafísica Grecia, mientras que, España, madre inmortal de los Isidoros y de los Leandros, pasaba del yugo de los visigodos arrianos al yugo de una teocracia imbécil, que puso la decadencia bizantina sobre la fuerza y el vigor germanos, y del yugo de esta teocracia imbécil al yugo de los emires, de los walíes, de los califas y de los taifas, sin que pudieran los reinos nuevos, descendidos del Pirineo y de sus ramificaciones, entregarse á ningún oficio que no fuera el oficio guerrero de la reconquista; mientras Francia tuvo primero Clodoveo y los francos fidelísimos á la ortodoxia en medio del arrianismo; tuvo luego los carlovingios que pusieron en el poder canónico de los Papas el poder político y temporal, dándole una espada y un cetro con sus cesiones territoriales; tuvo, por último, los héroes de las Cruzadas, de las guerras católicas por excelencia, cuyo principio se ilustra con los nombres de Pedro el Ermitaño y San Bernardo, como su fin y término con la muerte y martirio de San Luis: pero todas estas obras parecen frágiles y secundarias, cuando se las compara con la mayor y más excelsa, con la orden de Cluny, desde donde salieron hacia los cuatro puntos cardinales del aire las embajadas religiosas, expedidas, como una milicia espiritual, con armas de conquista; para imponer á todas las iglesias la liturgia ultramontana, como nos la impusieron, mal de nuestro grado, á nosotros en Toledo, engendrando al fin el rey de los reyes, el señor de los señores, el santo entre los santos, aquel Jehová ceñudo, conocido en el mundo social con el nombre de Hildebrando y en la Sede romana con el nombre de Gregorio VII, que sometió todas las fuerzas y todas las potencias materiales de la Europa feudal á la fuerza y á la potencia de una idea. El episcopado de aquella sazón había caído, por más laico, como secular, que el monacato, so el poder feudal y tomado su férreo carácter materialista. Pero el monacato, especialmente aquel que superó en ardor caballeresco á los ejércitos nobles del Papa, los templarios, como en fortuna y poder políticos á los ejércitos permanentes del Papa, los jesuítas, el monacato de Cluny tenía otros caracteres. Esencialmente democrático, por requerido y reclutado en todas las clases; á reglas y constituciones sujeto que abrían todas las altas dignidades y todos los cargos altísimos por el medio republicano de la elección; compuesto en su mayor parte de siervos inhabilitados para las guerras nobles y á la igualdad idos por la ordenación religiosa, debía de generar aquellos tribunos del espíritu católico tan opuestos á la barbarie bélica de los señores feudales como el absolutismo pagano de los emperadores germánicos, á quienes impuso Gregorio VII la idea, superior, muy superior al tiempo aquel, de que debía el mundo de la Edad Media regirse, no por la sombra del antiguo César latino, y no por la fuerza del castillo conquistador contemporáneo, y no por la reminiscen-

cia del patriciado romano clásico, por los elementos casi espirituales, que recibían del cielo una inspiración directa y educaban en el Evangelio para la libertad y para el derecho una democracia esencialmente religiosa.

Cuatro son las obras capitales de Gregorio VII: primera, definitivo arreglo del instituto relativo á las elecciones pontificias; segunda, nombramiento é investidura de los obispos; tercera, celibato eclesiástico; cuarta, supremacía del poder espiritual sobre los poderes temporales. Era el 22 de Abril de 1073. Pueblo y clero daban en Roma, con recogimiento y dolor, al cadáver de Alejandro II tierra. Había desaparecido á la vista de todos ya, tragado por el sepulcro, y aún lo contemplaba el Archidiácono Hildebrando, como si quisiera volver al muerto la vida é interrogar su alma en el tránsito á la eternidad. En tal meditación, interrumpiéronle agudos gritos de las muchedumbres, entre los cuales resaltaba frase como ésta: «Hildebrando Papa». Al oirla, quiso el aclamado lanzarse al púlpito para conjurarla; mas un cardenal detiene su paso y le dice cómo San Pedro mismo acababa de aparecerse á designarlo. Y en efecto, cardenales, obispos, diáconos, pueblo, cogen á Hildebrando, y lo conducen á *San Pedro in Vinculis* y le proclaman Papa. Desde aquel instante supremo se fijó la suerte del Pontificado. Sesenta cumplidos años contaba el archidiácono, y once Papas había visto desde su niñez, con tres anti-Papas. En el trono pontificio ya, parecióse al destino antiguo según lo inflexible de su voluntad y lo irrevocab'e de sus propósitos. La conciencia dirigía en él, á la razón, y la razón á la voluntad, y la voluntad á todos los deseos inferiores y á todos los instintos ciegos, siendo una verdadera energía social, parecida en todo á las energías naturales, el pensamiento y la resolución de tan grande hombre. Y al decir hombre, no decimos un arquetipo de completa perfección, decimos un mortal, sujeto á las debilidades humanas, y por lo mismo, con errores y con defectos tan grandes y numerosos cual sus mismas virtudes. Nadie sintió la cólera en el grado y con la intensidad que Gregorio VII. Ofendiéronle con ofensa incurable las injurias recibidas y rechazólas con verdadero furor. Al verle cómo se impacientaba en el combate, nadie adivinaría cómo se conformaba con la derrota. Ciego al acometer, sobrábale vista en cuanto sentía el resultado, ya fausto, ya infausto, de sus acometidas. Los furores en él nunca se confundían con los odios de las almas vulgares; y en el delirio de sus iras, no bajaba, ni durante los mayores empeños, al desquite y á la venganza. Creíase la religión misma en persona y consideraba su autoridad una delegación del cielo, un depósito á los Pontífices confiado por Dios. De complexión colérica le tachará la Historia, pero su cólera no le turbaba ni el entendimiento, ni la conciencia. Como las bajas tormentas de nuestros aires no llegan al sol, tampoco las iras despertadas por las contrariedades tocaban en las cumbres de su razón clarísima. La entereza en su ánimo no degeneraba, no, hasta el emperamiento. Y lo que decimos de su cólera, decimos de su ambición. La sentía y grande; pero engendrada en los más sublimes ideales. La raza de conquistadores

y artistas á que perteneciera; la contemplación de Roma donde se criara; la residencia en el claustro, asilo por aquella sazón de pasiones altísimas; el ejercicio de un grande poder y de una incontestable autoridad en la Orden benedictina; la convicción de que, al ceñirse la tiara, ceñíase también la corona de los Césares, la confianza en que, para conseguir el poder material sobre los pueblos, únicamente necesitaba quererlo quien, como él, tenía poder tan extraordinario sobre las almas; la fe viva en el ministerio divino consagrado por el óleo santo que le hacía vicario de Cristo y le daba poder de cerrar y abrir á su arbitrio las puertas del cielo; todas estas ideas, agitadas por el encrespamiento de las pasiones arremolinadas en su pecho, diéronle á una la creencia firmísima de ser en aquella sociedad el alma, el pensamiento, el derecho, la fuerza moral, la religión, todo lo eterno y todo lo celestial, á que lo transitorio y terrestre y humano deben someterse, como se someten las criaturas al Criador. La intensa voluntad no quería las cosas pequeñas, la satisfacción de pasiones miserables, el hartazgo de apetitos fugaces, sino mandar en los espíritus, dirigir las conciencias, legislar desde lo alto del trono como Dios desde la cumbre del Sinaí, someter las coronas á las tiaras, regir los pueblos hijos de la Iglesia, resucitar por medio del poder espiritual todo el antiguo poder de la Ciudad Eterna, en otro tiempo reina del planeta por sus emperadores, y ahora por sus Pontífices, diosa y señora del cielo. Tal fué Gregorio VII. Y cuenta que no pueden referirse, ni numerarse, los obstáculos con que tropezó en su camino. Emperadores y reyes repartían arbitrariamente los obispados entre sus favoritos. Una mañana se levantó de buen humor Othón I, y dijo nombraría obispo al primero con quien topara en la calle, y nombró á tan bienhadado transeunte. Muchachuelos de cinco años llegaron á recibir anillo y báculo. Roberto de Ronen, conde y prelado á un tiempo, como prelado y marido, legaba en testamento el feudo al primogénito y al segundón la mitra. Hechuras de autoridades feudales, sabían los clérigos combatir, no rezar. Cabalgaban á la continua y nunca leían. Cuadrábalas una maza más que un breviario en las manos. Por el sitio de preferencia en una festividad apuñalaban á sus competidores en el altar. Desde las tabernas iban borrachos á decir misa, vomitando sobre la hostia y en el cáliz las indigestas bebidas. Para separarlos de tales costumbres era preciso antes separarlos en lo posible de los campamentos y de las cortes. Y tal hizo, en cuanto pudo, Gregorio VII. El sacerdote mezclado á los negocios públicos, de todas armas ceñido, puesto en el aprieto de ir al combate antes que á la iglesia, por su mujer y por sus hijos atado al mundo, no podía creerse aquel sér ideal, todo espíritu, superior á las pasiones y á las necesidades humanas, que debé rezar cuando los demás combaten, macerarse cuando los demás huelgan, llorar cuando los demás rien; uniendo los matrimonios sin poder aspirar á sus castos placeres; bautizando á los niños sin poder gozar los afectos paternos; condenado como los médicos á vivir entre lágrimas y dolores, pues tras haber consolado las agonías del moribundo y dirigido al cielo sus

postrimeros suspiros, cuando, ya muerto, le abandonan todos, debe dar tierra primero á lo terrenal, y arrojarse luego sobre los enterrados restos fríos, enderezando todo lo inmortal á las alturas, en una intercesión perdurable y continua por medio de oraciones y de misas, para el perdón y rescate de sus culpas con la divina misericordia, mayor si cabe que la divina justicia. Pues no se contentó con reclamar las investiduras de los poderes laicos; impuso á los clérigos, muy rebeldes contra tal medida por inapelables decretos, el celibato forzoso. La igualdad en el derecho, la indispensable ascensión de los oprimidos á la libertad, los progresos necesarios, los humanos ideales y su arraigo en las conciencias, pedían á una que para conceder la dignidad eclesiástica no se mirase al nacimiento; y para que no se mirase al nacimiento, necesitábase que la dignidad eclesiástica no fuera hereditaria. De serlo, hubiéramos tenido los Brahmanes arriba y abajo los parias. En este mentís dado á la igualdad cristiana, el mismo ministerio de Pontífice pudo caer en hereditario. ¿Y qué hubiera sido entonces de la humana cultura? La República cristiana, que presidieron los Papas de Roma, se hubiera convertido en imperio de Farao-nes autócratas, y el mundo moderno se hubiera petrificado al pié de las basílicas, cual se han petrificado las castas egipcias al pié de las Pirámides. La Historia no puede tener, no, el rigor severo de la lógica. Necesitábase que fuera el Pontificado independiente. Así, cuando el trasnochado regalismo se indigna de ver al Emperador Enrique IV en el patio de Canosa, vestido como un salvaje, á quien ha echado el pudor mantas; trémulo sobre pavimentos de hielo casi petrificado; constreñido por el hambre á comer las sobras del perro que guarda la fortaleza; no comprende cómo se dilata el espíritu y cómo se acerca al derecho en aquella victoria del ideal sobre la fuerza. Los regalismos, en el siglo décimo-octavo muy lógicos y muy saludables, fueran la perdición de nuestra humanidad en el siglo undécimo. Como, durante aquel período tristísimo de la decadencia romana, subieron los pretorianos á la techumbre de sus alojamientos y sacaron á pública subasta la púrpura imperial, ofreciéndola en su desvarío al primer postor, cual vil mercancía, un brutal condottiero vendió la tiara en pujas vergonzosas. Nicolás II formuló ya los cánones relativos á la elección de los Papas por la Iglesia sola, frente á los Césares que se la robaron al pueblo; pero nunca prevaleciera sin la voluntad poderosa que luego le subsiguio sobre el trono. En todas estas circunstancias aparece un general, un general invisible y todopoderoso, Gregorio VII, consejero de los unos, inspirador de los otros, diácono de este Papa, cardenal de aquél; en Cluny, monje; político en Roma; ora tribuno y ora cortesano en Alemania; embajador á los normandos, revolucionario ante las ciudades italianas; enemigo de los condes y de los reyes, y de los emperadores, amigo de la litúrgica unidad todo para poner la supremacía pontificia en el cenit de aquellos tiempos, á fin de que esclareciese la conciencia humana, vivificase la libertad interior, rehiciere las almas, validase las ideas, y extendiera, como está el cielo sobre la tierra,

sobre el imperio y el feudalismo la santa espiritual igualdad. Otros conquistadores han tenido regios orígenes, como Filipo y Alejandro; cuna patricia, como César, descendiente de Venus; ejércitos innumerables en un puño; armas cortantes que blandir y victorias materiales que ofrecer á los más groseros instintos; pero este hombre inerme sólo tuvo su idea, y acerto á encerrarla por tal modo en el Vaticano; sucediendo al Capitolio, que los descendientes de Arminio el rebelde, los discípulos de Lutero el vengador, los hijos de Othón el audaz, tienen que ir, tras maldiciones y anatemas lanzados por sus labios á la supremacía de los Papas romanos sobre una gran parte del mundo germánico, de rodillas, en pleno siglo décimo-nono, á la maldecida Canosa.

Pues, á pesar del genio de Hildebrando, la Monarquía pontificia, la tutela de los Papas sobre los Reyes concluye al siglo y medio de muerto el Papa inmortal. Parecía que las cruzadas del siglo duodécimo debían fortalecer la obra del siglo undécimo, y sólo sirven para quebrantarla primero, y después perderla. No se halla la causa de su perdición definitiva donde se halla el motivo y causa de los cambios sociales; en el cambio de afectos y de ideas. Al movimiento de las cruzadas se genera el calor de la vida nueva; y, al calor de la vida nueva, se producen los municipios cristianos y las ciudades republicanas, quienes acaban en lo social con la organización del feudalismo, y con la Monarquía del Pontificado en lo político. Desde el año 1095, en que la primera cruzada se predicó, hasta el año 1258, en que se emprendió la última, ¡cuántos y cuán profundos cambios en los afectos y en las ideas, en la fe y en la ciencia! El mundo veía con horror y extrañeza personificando el sacro romano Imperio, rehecho por Carlo-Magno cuatro siglos antes para defender la fe cristiana y sustar la Iglesia católica, un Emperador semi-oriental y semi-germánico, un Federico II, vestido á la asiática, rodeado de doctores árabes, con su guardia de mamelucos, á guisa de un Califa, y su harem de concubinas, como cualquier musulmán; ducho en componer canciones, acompañadas por los instrumentos gratos á los hijos de los desiertos; henchido de creencias filosóficas, cuyos cánones confundían á Cristo con Moisés y con Mahoma; fundador de escuelas, erigidas con el fin, así de esparcir las doctrinas y artes profanas, como de contrastar las ciencias eclesiásticas; tan innovador, que ganara á Jerusalén por medio de tratos diplomáticos y no por medio de milagros teológicos; tan tolerante, que departía con los infieles como con sus hermanos, y trababa estrecha amistad con el emir Eddin, á quien tenía en mucho, por sus ideas también heterodoxas con respecto á sus propios libros teológicos; tan profundamente político, que atribuía en sus cartas diplomáticas los empeños de conquistar tierras santas á la necesidad de complacer á sus vasallos católicos y ganarse en las naciones extrañas la amistad de los piadosos franceses; héroe, así por los atrevimientos en el creer y pensar, como por los atrevimientos en el combatir y reinar; llamado entre la gente eclesiástica el Anticristo, cual llamaron los primeros cristianos á Nerón, á causa de que, alemán y siciliano por su sangre; Emperador

del Norte y Monarca del Mediodía, por su oficio; católico de origen y pensador de necesidad por su tiempo; en aquella gran Grecia, encrucijada de todas las vías marítimas, había sentido la necesidad de urdir relaciones con todos los pueblos más ó menos cultos, y de examinar el alcance y valor de todas las ideas. Mas Federico II indicaba bien á las claras el cambio radical en el alma de aquella sociedad, en sus sentimientos y en sus ideas. Viéronse antes muchos Emperadores armados que asediaban á Roma con ejércitos, más ó menos respetuosos, más ó menos feroces, más ó menos aguerridos; pero no se había visto, no, hasta mediar el siglo décimo-tercio, época bien crítica de la Historia moderna, un Emperador capaz de asaltar á Roma con las armas espirituales de las ideas. El desacato resulta tanto mayor, cuanto que, ofreciéndole una sumisión externa, como hijo obediente, la ofendía con su pensamiento y con su conciencia. Tan sólo este espectáculo moral bastaba para indicar una revolución profundísima en el mundo. A fines del siglo undécimo Godofredo de Bouillon ha ido con su soberano á Roma, y ha puesto la bandera del Imperio en los muros de la ciudad leonina entre los horrores de la guerra; pero, á cambio de este desacato, la cruzada por móviles piadosos, la fe más pura en el alma, la castidad más virginal en el cuerpo, victorias convertidas en penitencias, peregrinaciones armadas á través de los desiertos y á millares de leguas, tan sólo para servir á la Iglesia: el combate continuo por Cristo y su vicario, la toma de Jerusalem, más por las plegarias que por las armas, la vida para el Papa y la muerte para el cielo. Mas, ahora, al mediar el siglo décimo-tercio, todo se cambió radicalmente. Un excomulgado, Federico II, dirige la cruzada. Sus móviles nada tienen que ver con la fe cristiana. En vez de combatir, negocia. En vez de ganar Jerusalem por los ejercicios piadosos y por los empeños militares, la gana por la diplomacia, invocando, más que el odio, la amistad de los infieles. Así, ya parece un avanzado filósofo, ya un verdadero inquisidor; en tal instante oíríais que sueña con un califato musulmán; y, en tal otro, con un Pontificado romano; ora, estudiándolo á fondo, como necesita y exige esa especie de jeroglífico viviente, encontrarían un enemigo de la guerra, indignado con los fundadores de religiones, porque han puesto tantos odios y tantas enemistades en la tierra; ora un aspirante á fundar los dogmas de las teologías monoteístas y á ponerse á la cabeza de Roma, de Constantinopla, de Jerusalem, de la Meca, para establecer un imperio de las almas; representante fiel de futuros días históricos, que amanecen allá en los lejanos bordes de los tiempos venideros, representante, decía, de la idea emancipada y libre, que lucha, rebosante de vida y ebria de victorias, con todas las fatalidades de la naturaleza, de la sociedad y de la Historia. Una gran revolución personificada en este hombre extraordinario dará irremisiblemente de sí una nueva sociedad.

La reunión de Sicilia, el feudo que estimaba suyo Roma, al Imperio, desavino irreconciliablemente al Papa con el Emperador, y esta desavenencia trajo consigo la debilidad y